3.4. Estructura léxica, 3.5. Aplicaciones en el área de la comprensión del lenguaje, y 3.6. La traducción automática.

En resumen, un libro "renacentista" o "renecedor" (recuérdese Garvín), pero al mismo tiempo novedoso, que nos da un panorama amplio, aunque superficial, de la LC. Con diversos aspectos discutibles o, quizá sea más válido decir, que son terreno fértil para la discusión. Que se convierte en un buen inventario de los métodos, aplicaciones, centros de investigación, programas y paquetes (software) propios de la LC. Y, sobre todo, un manual indispensable para todo el que desee iniciarse en la LC.

JUAN LÓPEZ CHÁVEZ

Facultad de Filosofía y Letras,
Centro de Lingüística Hispánica.

MANUEL ALVAR, *Léxico del mestizaje en Hispanoamérica*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1987; 221 pp.

Un encargo de la Real Academia Española llevó a Manuel Alvar a revisar a fondo el muy confuso vocabulario del mestizaje. El producto de tan difícil investigación es este libro, que cuenta con dos partes, en la primera de las cuales ("Estudio de la cuestión", pp. 13-86) se introduce al lector en el abigarrado mundo de las razas y las castas, particularmente en sus manifestaciones americanas. Para ello se ayuda sabiamente el autor tanto de las pinturas existentes en diversos museos sobre el mestizaje cuanto de los datos proporcionados por científicos, historiadores y lexicógrafos. Especial atención se dedica a las importantes aportaciones que en este sentido deben reconocerse a Concolorcorvo. El resultado propiamente dicho del estudio, es decir el "vocabulario", se ofrece en la segunda parte (pp. 87-216).

Ante todo conviene aclarar que el léxico analizado, casi todo él, es de carácter histórico, es decir que pocas de las voces y acepciones estudiadas perviven todavía en alguna zona del español americano con el sentido que tenían en el pasado. Evidentemente todos los vocablos cuentan con documentacio-

nes confiables aunque, como es lógico, no todos hayan tenido en su momento la misma importancia en cuanto a su difusión geográfica y vitalidad entre los hablantes de las diversas áreas. De lo que no cabe duda es de que el minucioso trabajo del profesor Alvar será de gran utilidad para la comprensión precisa de infinidad de pasajes de obras sobre América, no sólo de naturaleza histórica sino también literaria. En el campo semántico del mestizaje americano este libro cumple funciones descifradoras semejantes a las que, en relación con otros muchos asuntos referentes al recién descubierto Nuevo Mundo, desempeñan obras lexicográficas al estilo de la de Friederici (*Amerikanistischen Wörterbuch*).

Entre las múltiples virtudes del libro destaca, a mi ver, lo que podría sin hipérbole llamarse abrumadora erudición. Aunque toda la larga primera parte es no sólo útil y pertinente sino también amena, me interesa sobre todo detenerme un poco en la segunda, en el vocabulario, que viene a ser, como ya dije, el resultado mismo de la investigación. La bibliografía consultada es tan abundante, que el autor se vio precisado a no enlistarla en el final de la obra (pp. 217-221), donde sólo da cuenta de los títulos más frecuentemente citados.¹ El carácter verdaderamente exhaustivo de las consultas hechas por el autor se muestra con evidencia en las numerosísimas notas a pie de página —casi mil— cada una de las cuales, en la mayoría de los casos, contiene decenas de referencias. Hay obras en que tal tipo de erudición aparece como innecesaria o superflua. Aquí sucede, a mi entender, exactamente lo contrario, pues tratándose de fijar, con la mayor exactitud posible, en tan extensa geografía, los variadísimos significados que cada voz fue adquiriendo al paso del tiempo, no hay otra manera de hacerlo sino mostrando las diversas documentaciones de los vocablos, tanto en obras históricas o literarias cuanto en las lexicográficas propiamente dichas. Es necesario empero señalar que Alvar no se limita a transcribir las referencias de forma indiscriminada, sino profundamente crítica, asignando a cada una el valor que le corresponde y justificando convenientemente estas determinaciones.

¹ El propio Alvar señala que en el repertorio del vocabulario hace mención de "infinidad de léxicos, obras literarias, etcétera que de ir citadas *in extenso* haría inacabable esta bibliografía" (p. 217). Juzgo empero que el haber proporcionado tan abundantes obras de consulta habría sido de invaluable beneficio para investigadores y estudiantes.

En muchos casos el profesor Alvar se ve precisado a modificar etimologías preestablecidas o a adelantar documentaciones: El *Diccionario crítico etimológico* de Corominas (s.v. *mecer*) asigna a *mestizo*, por ejemplo, una documentación trescientos años posterior a la que propone Alvar (Alfonso el Sabio). Cuando el autor decide apoyar la etimología propuesta por otros, lo hace añadiendo muchas autoridades más: A la voz *galfarro* Corominas le señala origen jergal ('alguacil; el que hurta'), con antecedente en *garra* ('zarpa'). Alvar añade a los de Corominas más de diez testimonios. En ocasiones el artículo se convierte en una completa historia del vocablo: véanse, por ejemplo, las amplias explicaciones para *barcino*, *cambujo*, *criollo*, *mestizo*, entre muchas otras.

Debe destacarse asimismo la preocupación del autor por seguir la pista de los vocablos en la literatura hispanoamericana, incluso en la más reciente. He señalado que se trata de un léxico casi enteramente histórico, ello no obsta para que algunas de las voces pervivan, quizá como arcaísmos, todavía hoy en ciertas regiones y en determinados autores. La investigación de Alvar no muestra sólo los cotejos hechos en innumerables vocabularios y lexicones, sino que abundan también las referencias a autores tanto de este lado del Atlántico, Carpentier, Lezama Lima, Vargas Llosa, Delibes, Magdaleno, etc.) cuanto peninsulares (Valle Inclán, Zunzunegui, etc.), además de que en varias ocasiones atestigua el uso de tal o cual voz en los mismos clásicos de allá (Cervantes, Lope, Quevedo, Tirso) o de acá (el Inca Garcilaso, por ejemplo). Como se ve, investigaciones como ésta no son ayuda sólo para lecturas especializadas de cronistas u otro tipo de textos coloniales, sino que vienen a auxiliar también a la mejor comprensión de obras literarias actuales².

Como otro acierto del libro deben considerarse las pertinentes aclaraciones en relación con la actual vigencia de muchas

² Como en el siguiente pasaje de A. Carpentier (citado por Alvar, pp. 152-153): "los marines, aquí: como hicieron en Veracruz, entonces; como en Haití, cazando negros (...) a buena bayoneta con *zambos* y *ladinos*"; o en este otro de Lezama Lima: "el *octavón* tedioso le dejaba sus escapadas"; o bien en el que sigue, de Vargas Llosa: "había entre nosotros más *cholos* que *blancos*, *mulatos*, *zambitos*, *chinos*, *niseis*, *sacaleguas* y *montones* de indios". Puede verse que no pocas voces de este complejo campo semántico, aparentemente inexistentes en el español de hoy, se hallan dispersas, aquí y allá, en los mejores escritores.

voces, con determinadas significaciones, en ciertas áreas geográficas. Si en los dialectos hispánicos de hoy prácticamente nadie usa (ni conoce) vocablos como *calpamulato*, *chamizo*, *notentiendo*, *tentenelaire*, es obvio que, por lo contrario, conservan vigencia designaciones como *cambujo* (hoy quizá con sólo el sentido de 'tez oscura'), *criollo* (actualmente, entre otros varios, con el significado de 'nacido en la tierra'), *cholo*³, *jarocho* ('alegre, retozón', en Colombia; 'nativos del cantón de Veracruz', en México...), *jibaro* ('campesino', en Puerto Rico), *ladino* ('que no tiene semejanza con el indio', en Nicaragua; 'indio de costumbres occidentales', en otras áreas de Centroamérica), *mestizo*, con que se expresa, más que nada, 'mezcla'⁴, *mulato*, que además de designar todavía hoy al resultado de la mezcla de blanco y negra, también ha adquirido otras connotaciones, como 'persona de cabello crespo' (Argentina), etcétera.

De gran utilidad para el perfil histórico de cada vocablo resultan las indagaciones que Alvar hace en muchos casos para explicar la manera como se llegó a significar determinada casta o cruce racial. Valga un solo ejemplo, entre muchos, del procedimiento seguido por el autor. Para que la voz *barcino* llegara a emplearse en América con el sentido, no ciertamente el único, de 'hijo de albarazado y coyota' —explica Alvar—, hubo apoyo en los significados, tanto peninsulares como americanos que tenía previamente el vocablo. Por lo que al uso peninsular toca, se proporcionan documentaciones desde 1475 hasta la definición del *Diccionario* académico de 1984, y, para América, actualmente, abundan las referencias. En todos los casos se trata de pintas de animales (sobre todo de perros): 'con rayas anchas transversales', 'perros pintados de amarillo y negro', 'color blanco y pardo', 'con rayas transversales a manera de los tigres de Bengala', etcétera⁵. Concluye el autor: "de este conjunto tan rico y variado, cuyo mundo era el de la zoología, el adjetivo se adaptó a las mezclas humanas" (p. 96).

³ Con muy variados sentidos en diversos sitios: 'indio' (Colombia, Panamá, Costa Rica); 'plebeyo de las poblaciones' (Argentina); 'prostituta' (Salta, Arg.), etcétera.

⁴ Aunque también puede verse en el mestizo la posibilidad de mejorar la condición social del indio, como en Yucatán.

⁵ En otras partes la voz refiere a diversos animales: bueyes, gatos, víboras, etc., con extensiones al léxico político, botánico, ictionímico, etcétera.

La impresión que me dejó el libro, en particular algunas de sus entradas, es que resulta prácticamente imposible, por una parte, conciliar las diversas acepciones que cada vocablo tiene en las diferentes áreas geográficas, es decir que lo que en algún lugar significaba una cosa, en otro o incluso en el mismo podía remitir a algo parcial o totalmente diferente, y, por otra parte, pensar que los hablantes, así se tratara de los más cultos, pudieran tener una idea siquiera aproximada de las combinaciones de significados que suponía determinada voz, si se traza su "árbol genealógico". Trataré de explicarme: en la entrada *cambujo*, sea por caso, Alvar proporciona diez acepciones (todas además mexicanas)⁶; lo primero que uno puede preguntarse es ¿a cuál de ellas se le debe asignar supremacía de uso y en qué época? Y, además, ¿qué querría realmente expresar el hablante que usaba tal vocablo? En algunos "esquemas" que formula el autor se aprecia que, por ejemplo, el *noteniendo* viene a ser el resultado de más de veinte cruces. Se estará de acuerdo en que nadie podría, para aludir con precisión al *noteniendo*, conocer lo que significaban, también con toda precisión, *tentenelaire*, *mulato*, *calpamulato*, *cambujo*, *zambaigo* y decenas de voces más (cada una, como es obvio, con su propia "historia"), que intervienen en algún módulo del árbol. Me inclino por pensar que en los diversos dialectos históricos y geográficos del español americano se usaban y usan, con absoluta libertad, una gran variedad de voces que designan características raciales, sin preocuparse ni demasiado ni poco por las complicadas combinaciones que elaboran los lexicólogos o los antropólogos y que quedan a veces repetidas en los óleos de castas, tan bien estudiados por Alvar. Tampoco quiere esto decir que se dé una absoluta anarquía en el uso y significado de todas las voces y acepciones: nadie, ni entonces ni ahora, confunde entre sí a un *negro* con un *indio* y un *mulato*... pero no puede decirse lo mismo de *zambaigo*, *lobo*, *cambujo*, *grifo* y decenas de vocablos más.

Independientemente de la complejidad del asunto, demuestra-

⁶ El *cambujo* podría significar, en México y según los diversos lexicógrafos consultados por Alvar: descendiente de zambaigo y china, de zambaigo e india, de indio y negra, de albarazado y negra, de albarazado e india, de chino e india, de lobo e india, de indio y chamiza, de mulato y zambaiga y, finalmente, de zambaigo y china (como se ve, al menos este último cruce podría omitirse, puesto que con él se inicia la enumeración, cf. pp. 104-105).

da precisamente por la excelencia del trabajo del profesor Alvar, no cabe duda de que el rico léxico del mestizaje en Hispanoamérica, sobre todo en una perspectiva histórica⁷, es un sector que merece mayor atención, sobre todo por parte de los estudiosos de léxicos regionales. Como en todas las grandes empresas de investigación (dialectales, particularmente) que impulsa el profesor Alvar, nuevamente aquí pone primero, antes que nada, el ejemplo de su propio trabajo como infatigable investigador.

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Centro de Lingüística Hispánica.

BENO WEISS y LOUIS C. PÉREZ, *Juan de la Cueva's "Los inventores de las cosas". A critical edition and study*. University Park and London, The Pennsylvania State University Press, 1980; 8 + 197 pp.

Juan de la Cueva tiene un puesto ganado en la historia de la literatura española como uno de los precursores de la comedia del Siglo de Oro. También cultivó el género poético en varias facetas, teniendo en su haber varios poemas líricos, un poema épico, *Conquista de la Bética*, que publicó en edad madura, y el *Exemplar poético*, especie de *ars poetica* del autor, en que expone sus ideas sobre el teatro y se presenta como iniciador y partidario del arte dramático nuevo.

Los inventores de las cosas, sin embargo, es una obra prácticamente desconocida y olvidada, de la que no aparece siquiera una referencia en los grandes manuales de literatura¹. La

⁷ "Este vocabulario dejó de ser eficaz —escribe el mismo autor— cuando las mezclas rebasaron todas las posibilidades imaginarias (...) lo que un día fue discriminación hoy no opera. Acaso sirve como un curioso espectáculo para conocer el pasado: es lo que hemos hecho" (p. 85).

¹ No aparece, por ejemplo, en JUAN LUIS ALBORG, *Historia de la literatura española*, vol. I, 2ª ed. ampliada, Madrid, Gredos, 1972, ni en FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *Siglos de Oro: Renacimiento*, vol. II de la *Historia y crítica de la literatura española*, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Editorial Crítica, 1980.